

“Perla Krauze. Materia lítica: Memoria/Procesos/Acumulaciones”

Elia Espinosa

Historiadora del arte | UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas

Perla Krauze ha llegado al espíritu de la piedra, su enigma mineral. Involucra, desde la emoción, el azoro de la conciencia en el devenir breve, a la vez infinito, de las significaciones en su exposición reciente, “Materia lítica: Memoria/Procesos/Acumulaciones”, en el Museo Amparo, de Puebla.

Las potentes dicotomías que ensanchan la plenitud de posibles en la muestra, son el tiempo y la asimetría, el instante de la mano y la máquina afanadas a la frontera entre el orden y el caos. Diseminadas en el silencio, entre gradaciones de luz que van de la claridad a la penumbra, de la penumbra a la claridad, esas dicotomías encarnan en la irregularidad de las orillas, la variedad textural y háptica de las superficies, la medida geométrica del corte de trozos o lajas grandes y pequeñas, hojas pétreas en “legajos” de diverso espesor, dispuestos, según el matiz temático de cada sala, contra las paredes y sobre el piso, hacinados en rincones o también convertidos en cubos no perfectos. Eso vemos y percibimos en el camino por los salones, a la vez que entramos en *auras del tiempo y el espacio* en su proceso de generarse el uno al otro mediando la piedra, a la cual han constituido y dado un *lugar*, muy lentamente, en la historia geológica. El único sonido en las salas es el que se escucha en la llamada “Agua/

Piedra”, en donde un video exhibe el paso deformador-formador del agua sobre lechos de pequeños arroyos o riachuelos, enfatizando la incesante cercanía de ese elemento con los minerales durante millones de años.

El título de la exposición compagina estupendamente con la propuesta que la respalda (marcas, devenires, fusiones, sedimentaciones, reciclajes transformadores, la contundencia de lo sólido, lo líquido y lo gaseoso) y a la coherencia de la trayectoria de Perla, cuyas honduras conozco. Hace muchos años que se dedica a pensar y sentir el tiempo, el espacio a través de la densidad mineral, la gravedad terrestre y cómo contrariarla por medio de la levedad de las instalaciones de piedrecillas que la artista hiciera en el pasado. Pero a diferencia de aquéllas, a veces acompañadas por pedruscos de acrílico, iluminados desde dentro, ahora muestra una *comprensión* cabal de lo pétreo y “lo piedra” (que a diferencia del primer concepto, “lo pétreo”, incluye la figura y la imagen del objeto), lo pesante y su transformación manual, técnica, además de una empatía poética que proviene de la fuerza de la intuición y el afecto-conciencia por los enigmas constitutivos, las migraciones de códigos y claves temporales en el universo que propone. A ello se subsume el objetivismo conceptualista que lógicamente resulta de los procesos del trabajo artístico con *lo remoto*, y en el reconocimiento de las formas que la naturaleza ha dado a los fósiles (amonitas, *nautilus* y otras criaturas) o las tratadas por la mano-máquina, que ya he mencionado, en pequeños conjuntos de piedras, lajas o prismas producidos por talla, devastación o lijado, diseminados en las salas. Cuidadosas distribuciones, acomodados, para contrastar o secuenciar visualmente lo que la artista desea presentar, valiéndose de casi imperceptibles dispositivos: cuadrantes de metal o madera, repisas, cajas para colocar sobre el piso o los muros, y atraer la atención sobre la textura, el tamaño, el espesor.

A las espacializaciones y temporizaciones de Perla contribuye la pintura cual instrumento expandido que se subsume a lo pétreo y a “lo piedra”;

aparece entreverada con las piezas, en serie, o como cuadros-base sobre los cuales ella las colocó en composiciones diversas. Perla también emula en los lienzos el dibujo natural o provocado (¿con raedera?) sobre las duras superficies; retículas rectilíneas pintadas en sfumato de talante abstracto-figurativo que, sin embargo, dejen ver las cuadrículas irregulares. Así se forma el vínculo acertadísimo de la pintura con la intimidad terrestre y el sentido aurático-geológico que arrastra y determina la temporización total que nos va determinando, como un estado de ser iluminado, durante el recorrido de “Materia lítica: Memoria/Procesos/Acumulaciones”.

La primera sala, “Huellas/Procesos/Acumulaciones”, es una plena introducción, un recordatorio de las formas de trabajo de la artista; la creación de un orden que permite el acceso al esplendor del enigma que busca, confundido con su espiritualidad, y en torno al cual ha trabajado gran parte de su vida. Nos reciben las retículas y las hojas de piedra, cual cuchillas en descanso, contra los muros blancos, les suceden la blanca sal en grano tosco y los fósiles, una composición de pequeñas piedras y trozos de talavera en el centro de la sala, frente a la cual yace un “espejo” (un cuadrado de plomo con agua, antiguo recurso de Perla, utilizado en composiciones que emularon “altares” o silencios acompañados por la materia).

Sigue la sala “Agua/piedra”, que a decir de Josefa Ortega, comienza a emular la disposición de materiales en los talleres de trabajadores de la piedra, quienes fueron visitados y entrevistados por Perla en diferentes regiones de Puebla. Las lajas contra la pared son la cita de los lugares de trabajo con los minerales en esa entidad federativa y también la evocación del taller “de siempre” de la creadora, síntesis de modos de proceder con sus materiales, la potencia entrenada con la que los ha observado –y amado-- y el oficio exquisito y maduro.

Continuamos hacia una larga sala en plano inclinado, con un sendero de pequeñas piedras (¿de cuarzo?, no me fijé) vadeado por grupos de lajas contra los muros, a tal grado que entramos a la atmósfera “del taller”, pero del tiempo en confabulación con la presencia de lo sólido en entrelaces con lo irregular de los contornos naturales y/o provocados. Al ritmo del ruido de los pasos en el “sendero”, apreciamos la intensión instalativa-paisajística que desembocará en el poema de piedra que es la sala en penumbra, resuelta con piezas de gris oscuro.

La exposición de Perla Krauze cierra con la sala “Paisajes”. Es una instalación que recuerda otra, que montara en la Galería Nina Menocal hacia fines de los años noventa. Ahora, Perla utiliza el mismo formato para cerrar el recorrido magnífico, subyugante, dando paso a la contemplación del conjunto de superposiciones pétreas, en vertical, que remata el grupo de espejos de agua con pequeñas piezas salpicando su quietud y contribuyendo al diseño sobrio y sugerente.

Hay otros artistas que trabajan con la piedra no en el sentido de ser escultores, ni en la manera en que Perla la ha insertado en su universo. En el ámbito del performance, Roi Vaara, John Court, ambos finlandeses, y Mariel Carranza, artista peruana, entre otros, trabajan con piedras y mundos minerales en diferentes contextos. Vaara interviene a las piedras en la naturaleza, por ejemplo en *Adjusting*, en donde trata de “hacer girar” un prisma mineral al pie de un fiordo, con una herramienta gigante de madera, como al tratar de aflojar una tuerca. Court tiene un performance en que camina durante mucho tiempo sobre un “8” formado de grava, mientras se anota algo en el brazo izquierdo. Carranza las utiliza en piezas de arte acción en donde las lanza contra muros blancos hasta acabar con la capa de pintura y del enjarre y dislocarse el hombro del brazo lanzador. Ninguno de ellos toma a las piedras como retratos o generadores del tiempo o incentivos para presentir al espacio, en tono de ancestría; Vaara se inserta en el paisaje y sus formas; Court las toma como el Camino en

sala; Carranza las convoca para violentar el espacio y las sensaciones en el espectador. Para Perla, en cambio, lo mineral tiene un valor en sí desde su forma, contextura y textura hasta agruparlas, valiéndose del arte de la Instalación para fusionarlas al dúo tiempo-espacio. En el arte contemporáneo, la piedra es puntal para investigar y concretar parajes imaginados.



Pocas veces he visto en los últimos quince años, el nivel de contemplación apasionada, espiritualidad comprometida con la materia, estudio de *lo posible* y el gran oficio que ha alcanzado Perla Krauze en “Materia lítica: Memoria/Procesos/Acumulaciones”, magnífica y larga instalación compuesta, a su vez, de breves instalaciones, trabajo compartido, desde luego, con la excelente curadora Josefa Ortega.

No he querido utilizar a lo largo del texto la palabra “sagrado”, mas ahora me atrevo a meterla en la frase “lo sagrado geológico” y *el sentido* de lo sagrado que habita lo cualitativo, entidad que es valiosa y plena desde sí y por sí misma como el impulso generador-destructor de la naturaleza. Perla ha configurado su propia sensación e imagen de *una sacralidad geológica* –su exposición--, unida a la labor de otros trabajadores de la piedra poblanos. Tal vez quede mejor llamarle “sacralidad matérica” a su punto de llegada en la muestra; así, la significación artística, entintada con la avidez de percibir y proyectar el afecto, despliega mejor sus horizontes en el margen de visualidad, tactilidad y poder de sugerir, acercar, como en un buen poema.

16 de marzo/ 2017.

